

Agatha Christie®

MISTERIO EN EL CARIBE

Un misterio
en el paraíso que solo
MISS MARPLE
podrá resolver

AGATHA CHRISTIE

MISTERIO EN EL CARIBE

Traducción de Ramón Margalef Llambrich



A Caribbean Mystery © 1964 Agatha Christie Limited. All rights reserved.

AGATHA CHRISTIE, MISS MARPLE and the Agatha Christie Signature are registered trademarks of Agatha Christie Limited in the UK and elsewhere. All rights reserved.
www.agathachristie.com

Agatha Christie Roundels © 2013 Agatha Christie Limited. Used with permission.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustraciones de la cubierta: © Ed Carosia

Agatha Christie

Traducción de Ramón Margalef Llambrich © Agatha Christie Limited.
All rights Reserved.

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:
Espasa Libros, 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Grupo Planeta Argentina S.A.I.C.

Primera edición: marzo de 2023
ISBN: 978-84-670-6917-4
Depósito legal: B. 1431-2023
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Egedsa
Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Capítulo 1

EL COMANDANTE PALGRAVE CUENTA UNA HISTORIA

—**F**íjese usted en todo lo que se habla de Kenia —dijo el comandante Palgrave—. Gente que no conoce aquello en absoluto haciendo toda clase de peregrinas afirmaciones. Mi caso es distinto. Pasé catorce años de mi vida allí. Los mejores de mi existencia, a decir verdad...

Miss Marple inclinó la cabeza.

Era este un discreto gesto de cortesía. Mientras el comandante Palgrave seguía con la enumeración de sus recuerdos, nada interesantes, Miss Marple, tranquilamente, volvió a enfrascarse en sus pensamientos. Se trataba de algo rutinario, con lo cual estaba ya familiarizada. El paisaje de fondo variaba. En el pasado, el país favorito había sido la India. Los que hablaban eran unas veces comandantes, y otras, coroneles o tenientes generales... Utilizaban una serie de palabras: «Simia», «porteadores», «tigres», «Chota Hazri», «Tiffin», «Khitmagars», etcétera. En el caso del comandante Palgrave, los vocablos eran ligeramente distintos: «safari», «Kikuyu»,

«elefantes», «suajili»... Pero, en esencia, todo quedaba reducido a lo mismo: un hombre ya entrado en años que necesitaba de alguien que lo escuchara para poder evocar los días felices del pasado, aquellos en que había estado recorriendo el mundo, cuando la espalda se mantenía bien recta, los ojos eran vivos y los oídos muy finos. Algunos de estos parlanchines habían sido en su juventud arrogantes mozos y otros habían carecido, lamentablemente, de todo atractivo. El comandante Palgrave, con su cara abotagada, un ojo de cristal y un cuerpo que, en general, recordaba al de una rana hinchada, pertenecía a la última de las categorías citadas.

Miss Marple los trataba a todos de la misma forma. Había permanecido sentada, inmóvil, inclinando de vez en cuando la cabeza, en un dulce gesto de asentimiento, siempre pendiente de sus propias reflexiones y gozando de lo que tuviera en tales momentos a mano o al alcance de la vista: en este caso, el azul del mar Caribe.

«¡Qué amable es Raymond!», pensaba en él, agradecida. ¡Se había mostrado tan atento, en realidad...! No acertaba a explicarse por qué razón se había tomado tantas molestias con su vieja tía. ¿Le remordía la conciencia, quizá? ¿Viejos sentimientos familiares que revivían? O, simplemente, le tenía cariño.

Miss Marple se dijo que Raymond siempre había demostrado quererla. A su manera, eso sí. Se había empeñado en «ponerla al día». ¿Cómo? Enviándole libros, novelas modernas... Ella no acertaba a aceptar ciertas cosas. En esos libros aparecía gente desagrada-

ble, difícil, que no paraba de hacer cosas raras, las cuales, por añadidura, no producían a sus autores ningún placer, aparentemente. «Sexo.» Era esta una palabra muy pocas veces mencionada en los años de juventud de Miss Marple. Naturalmente, en relación con sus diversas sugerencias había habido de todo. En resumen: años atrás se gozaba frecuentemente más que en la actualidad, en determinados aspectos, y no se hablaba tanto. Bueno, eso creía ella, al menos. Todo el mundo había sabido ver dónde estaba el pecado y también pensar en este de una manera lógica, preferible a la vigente después, en que pecar se consideraba casi una especie de deber.

Su mirada se posó por un momento en el libro que tenía abierto sobre su regazo por la página veintitrés. Hasta esta había llegado y la verdad era que no tenía muchas ganas de seguir.

«—¿Quiere usted decir que carece por completo de experiencia sexual? —inquirió el joven, con un gesto de incredulidad—. ¿A sus diecinueve años? Pero ¡si eso es absurdo! Se trata de una necesidad vital.

»La chica abatió la cabeza, compungida. Sus brillantes cabellos cayeron en cascada sobre su rostro.

»—Lo sé, lo sé... —murmuró.

»Él la miró... Estudió detenidamente su manchado y viejo jersey, sus desnudos pies, con las sucias uñas de los pulgares. Olía a grasa rancia. A continuación, se preguntó por qué la encontraba tan tremendamente atractiva.»

Miss Marple también se formuló esa pregunta.

¡Qué cosa! Por supuesto, el ansia de saber, en el terreno sexual, era apremiante a más no poder, por lo cual no admitía aplazamientos... ¡Pobre juventud!

«Mi querida tía Jane: ¿por qué te empeñas en ocultar la cabeza debajo de un ala igual que si fueses, perdóname, un avestruz? Esta idílica vida rural te consume, te cierra todas las salidas. Una vida real, de verdad, eso es lo que importa.»

Este era Raymond... Tía Jane había bajado la cabeza avergonzada. Pensaba que era de otro tiempo, que estaba pasada de moda.

Pero la vida rural no tenía nada de idílica. La gente como Raymond ignoraba muchísimas cosas. Durante el desarrollo de sus tareas en una parroquia campesina, Jane Marple había adquirido una serie de amplios conocimientos relativos a determinados hechos de la vida rural. No había experimentado la necesidad de hablar de ellos y mucho menos de darlos a conocer por escrito. Sin embargo, se los sabía de memoria. No se le habían olvidado, no. Recordaba innumerables complicaciones dentro del campo de lo sexual, unas veces naturales y otras... todo lo contrario: violaciones, incestos, perversiones de todas clases... (Había casos sorprendentes, de los cuales no tenían noticia ni siquiera los cultos hombres de Oxford, que se dedicaban exclusivamente a escribir libros.)

Miss Marple volvió a concentrar su atención en el Caribe y cogió el hilo de la narración en que, ignorante de aquellas ausencias mentales, andaba empeñado el comandante Palgrave.

—Una experiencia nada vulgar —comentó—, muy interesante...

—Podría referirle un puñado de casos semejantes. Claro que no todos ellos son indicados para los oídos de una dama...

Con la facilidad que da una larga práctica, Miss Marple bajó los ojos, parpadeando levemente. El comandante Palgrave continuó con su versión atenuada de las costumbres tribales en el escenario de su juventud, mientras su dócil oyente se ponía a pensar en su afectuoso sobrino.

Raymond West era un novelista de éxito que ganaba mucho dinero. Amablemente se había propuesto hacerle la vida agradable a su tía. El invierno anterior esta había padecido un fuerte amago de pulmonía. El médico le había aconsejado mucho sol. Generosamente, Raymond sugirió un viaje a las Antillas. Miss Marple había formulado algunas objeciones: los gastos, la distancia, las incomodidades inherentes al desplazamiento... Tenía que abandonar su casa de St. Mary Mead. Raymond había echado todos sus argumentos por tierra. Un amigo que estaba escribiendo un libro necesitaba un lugar solitario, enclavado en plena campiña. «Cuidará de la casa. Es muy amante del hogar y sabe apreciar los detalles caseros. Es homosexual. Bueno, quiero decir...»

Raymond se interrumpió al llegar aquí. Parecía ligeramente confuso... Estaba bien. Apelaba a la comprensión de su tía Jane, que debía de haber oído hablar de los homosexuales.

Luego pasó a ocuparse de los siguientes puntos. El viaje no suponía en sí nada de particular. Utilizaría el avión... Una de sus amigas, Diana Horrocks, visitaría Trinidad, para comprobar de este modo si se hallaba debidamente acomodada. En St. Honoré se alojaría en el Golden Palm Hotel, que administraban los Sanderson, una agradable pareja. Harían cuanto estuviese en sus manos para que se hallase a gusto. Raymond se proponía escribirles inmediatamente. Sucedió que los Sanderson habían regresado a Inglaterra. Pero sus sucesores, los Kendal, se habían mostrado muy amables, asegurando a Raymond que no tenía por qué preocuparse con respecto a su tía. En la isla había un prestigioso doctor que podía ser reclamado en caso de emergencia. Por otro lado, ellos no perderían de vista a la dama en cuestión y se esforzarían por lograr que estuviese contenta.

La pareja había respondido a sus esperanzas. Molly Kendal era una rubia de aspecto candoroso que contaría apenas veinte años. Por lo que había visto, siempre estaba de buen humor. Había acogido a Miss Marple muy afectuosamente, desvelándose para que no echara de menos su casa. Idéntica disposición había descubierto en Tim Kendal, su marido, un hombre delgado, moreno, de unos treinta años.

Así pues, allí se encontraba Miss Marple, alejada de los rigores del clima inglés, propietaria, temporalmente, de un lindo bungalow, rodeada de sonrientes chicas nativas que la atendían a la perfección. Tim Kendal solía recibirla a la entrada del comedor y siempre le gas-

taba alguna que otra oportuna broma al aconsejarla sobre el menú de cada día. Un cómodo camino partía de la entrada de su casita en dirección a la playa, donde Miss Marple podía sentarse cómodamente en un sillón de mimbre a contemplar cómo los otros huéspedes del hotel se bañaban. Incluso había en el establecimiento varias personas de su edad. Mejor. Así disfrutaría de su compañía si ese era su deseo en determinado momento. Con tal fin podía pensar en Mr. Rafiel, el doctor Graham, el canónigo Prescott y su hermana, y el caballero que tenía delante, el comandante Palgrave.

¿Qué más podía desear una dama como ella, ya entrada en años?

Era muy lamentable, y Miss Marple se sentía culpable solo de pensarlo, pero la verdad es que no estaba tan satisfecha como cabía esperar.

Se estaba bien en aquel lugar. La temperatura era ideal, excelente para el reumatismo. El paisaje de los alrededores podía ser calificado de bello. Bueno, quizá resultara algo monótono. Demasiadas palmeras. Todos los días eran iguales. Nunca pasaba nada. En esto aquel sitio difería de St. Mary Mead, donde siempre ocurría algo. En cierta ocasión su sobrino había comparado la existencia en St. Mary Mead con la que llevaban los microbios en una charca y ella le respondió, indignada, que si observaba el agua estancada con un microscopio encontraría mucha vida.

Miss Marple fue recordando entonces una serie de amenos incidentes: el error de Mrs. Linnet con su fras-

co de jarabe para la tos; el extraño comportamiento del joven Polegate; la extraña escena que tuvo lugar entre este y la madre de Georgy Wood; la causa real de la riña entre Joe Arden y su esposa. ¡Cuántos y qué variados problemas había podido suponer! Y todos ellos le habían proporcionado motivos más que sobrados para horas y horas de reflexión. Bien. Tal vez surgiera allí algún asunto raro en el que..., en el que meter la nariz.

Con un ligero sobresalto comprobó que el comandante Palgrave había abandonado Kenia y se había trasladado rápidamente a la frontera del noroeste. Refería a la sazón sus experiencias como subalterno. Desgraciadamente, le acababa de preguntar con toda formalidad:

—¿No está usted de acuerdo conmigo?

La práctica permitió a Miss Marple salir airosa de aquel mal paso.

—Creo que no poseo suficiente experiencia para poder juzgar. Estimo que mi vida ha sido demasiado rutinaria para opinar.

—Es natural, querida señora, es natural —dijo el comandante Palgrave, siempre atento.

—Usted sí que ha llevado una existencia movida —replicó Miss Marple, decidida a enmendarse por sus distracciones anteriores, plenamente voluntarias.

—No ha sido mala del todo —dijo Palgrave, complacido. A continuación, echó un vistazo a su alrededor—. Hermoso lugar este, ¿verdad? —comentó.

—En efecto. —Miss Marple no supo evitar la pre-

gunta que entonces le sobrevino—. ¿No pasa nunca nada aquí, comandante?

Palgrave observó con atención a su interlocutora.

—Pues sí, sí que pasa. Los escándalos abundan... Bueno, yo podría contarle...

Pero Miss Marple no se sentía interesada por tales cosas. Lo que el comandante Palgrave acababa de llamar «escándalos» no presentaban nada de particular. Se trataba en resumidas cuentas de hombres y mujeres que cambiaban de pareja y reclamaban la atención de los demás sobre lo sucedido en vez de esforzarse por disimular y sentirse avergonzados de sí mismos.

—Incluso hubo un crimen aquí hace un par de años. Se habló de un hombre llamado Harry Western. Los periódicos le dieron mucha publicidad. ¿No lo recuerda?

Miss Marple asintió sin el menor entusiasmo. No. No había sido aquel tipo de crimen de los que despertaban su interés. La prensa le prestó atención porque los principales protagonistas eran gente muy rica. Parecía haber quedado bien demostrado que Harry Western disparó sobre el conde de Ferrari, el amante de su mujer, procurándose antes una coartada bien amañada. Se trataba de un grupo de borrachos y drogadictos. Gente poco interesante, estimó Miss Marple en su día. Sin embargo, tenía que reconocer que todos los implicados en el asunto compusieron un «cuadro» sumamente espectacular, curioso, pese a no guardar relación con lo que ella calificaba como su plato favorito.

—Y si me apura usted mucho le diré que este no fue el único crimen que se cometió aquí en aquella época. —El comandante hizo un gesto de asentimiento, guiñando un ojo a Miss Marple—. Sospecho que... ¡Oh! Bueno...

A Miss Marple se le cayó el ovillo de lana, Palgrave se agachó para cogerlo.

—Hablando de crímenes —prosiguió diciendo—. Una vez supe de uno muy extraño... Claro está, no de una manera directa, personal...

Miss Marple sonrió, animándolo a seguir.

—En un rincón de un club estaban, cierto día, varios hombres charlando. Uno de ellos comenzó a contar una historia. Era médico y hablaba de uno de sus casos. Una noche, a una hora ya muy avanzada, un joven llamó a la puerta de su casa. Su esposa se había ahorcado. No tenía teléfono en la casa, por lo cual, en cuanto hubo cortado la cuerda, depositó a su mujer en el suelo y le prestó los auxilios que juzgó necesarios. Luego, se apresuró a sacar su coche e ir de un sitio para otro en busca de un doctor. Bueno, pues la esposa no murió. Se encontraba, como era lógico, muy alterada tras haberse desmayado. Sea como fuere, salió sin más dificultades del grave trance. El joven parecía hallarse muy enamorado de su mujer. Lloraba como un chiquillo. Había notado que ella no estaba bien desde hacía algún tiempo. Vivía bajo los efectos de una tremenda depresión. Así quedó la cosa. Todo parecía encontrarse en orden. Pero... un mes más tarde la fracasada suicida ingirió una dosis exce-

siva de somníferos y falleció. Un caso muy triste, ¿verdad?

El comandante hizo una pausa, subrayándola con sucesivos movimientos de cabeza. Como, por lo visto, había algo más, Miss Marple aguardó pacientemente.

—«Y ¿eso es todo?», dirá usted, quizá. Pues sí. No hay más. Una mujer neurótica que hace lo que es habitual en una persona desquiciada. ¡Ah! Pero un año más tarde, aproximadamente, este mismo médico de la historia anterior se hallaba charlando con un colega. Se habían contado mutuamente algunas experiencias... De pronto, su compañero empezó a relatarle el caso de una mujer que había intentado suicidarse ahogándose. El marido abandonó la casa para ir a buscar un médico. Luego, entre los dos, consiguieron reanimarla... Varias semanas más tarde se mataba abriendo la llave del gas, tras haber cerrado las ventanas de la habitación en que se encontraba.

»—¡Qué coincidencia! —exclamó el primer doctor—. Yo viví un caso semejante. Él se llamaba Jones —o el nombre que fuese—. ¿Cuál era el apellido de su cliente?

»—No lo recuerdo... Robinson, creo. Jones, no, con seguridad.

»Bien. Los doctores se miraron, muy serios y pensativos. Entonces el primero sacó de su cartera una fotografía y se la enseñó a su colega. “He aquí el individuo de quien le he estado hablando”, dijo a su amigo. “Al día siguiente de la visita del desconocido me acerqué a la casa de este para comprobar ciertos detalles, y al

descubrir junto a la entrada unos hibiscos muy llamativos, una variedad que no había visto nunca en esta región, aprovechando que guardaba en mi coche la cámara fotográfica, saqué una instantánea. En el preciso instante en que apretaba el disparador apareció en la puerta del edificio el marido de la fracasada suicida. No creo que él se diera cuenta de lo que yo estaba haciendo. Le pregunté por los hibiscos, pero no supo decirme su nombre.” El segundo médico estudió detenidamente la fotografía diciendo: “Está algo desenfocada. No obstante, juraría que... sí. Estoy absolutamente seguro de que se trata del mismo hombre”.

»Ignoro si los doctores prosiguieron sus indagaciones. En caso afirmativo, lo más probable es que no llegaran a ninguna conclusión clara. Sin duda, el señor Jones, o Robinson, puso buen cuidado en no dejar pistas. Pero ¿verdad que es una historia sumamente rara? Me cuesta trabajo pensar que puedan pasar cosas como esta.

—¡Ah! Pues yo creo que suceden todos los días —respondió Miss Marple, plácidamente.

—Vamos, vamos. Me parece demasiado fantástico.

—Cuando un hombre da con una fórmula eficaz para sus fines no se detiene fácilmente y se decide por continuar explotándola.

—Iniciando de esta manera una serie de delitos, ¿eh?

—Tal vez.

—A título de curiosidad: el médico del que le he hablado me cedió su fotografía.

El comandante Palgrave comenzó a rebuscar en su atiborrada cartera, murmurando como si hablase consigo mismo:

—Guardo aquí un montón de cosas... No sé por qué las llevo siempre encima...

Miss Marple creyó adivinar la causa. Aquellos papeles venían a ser las «existencias» del almacén puramente personal del comandante. Así Palgrave podía ilustrar convenientemente su repertorio de historias. Miss Marple sospechaba que la que acababa de referirle había sido sustancialmente distinta en su origen. Probablemente, con las sucesivas repeticiones había ido creciendo...

El comandante continuaba hablando en voz baja todavía.

—Me había olvidado por completo de este asunto... Ella era una mujer de buen aspecto. Nunca se le ocurriría a uno sospechar... ¿Dónde..., dónde...? ¡Ah! Esto me hace pensar en... ¡Qué colmillos! Tengo que enseñarle...

De entre varios papeles, Palgrave extrajo una pequeña fotografía que estudió unos segundos.

—¿Le agradaría ver la foto de un criminal?

Iba a pasarle la foto a Miss Marple cuando, de pronto, encogió el brazo. En aquel momento, el comandante Palgrave parecía más que nunca una rana hinchada. Estaba mirando, con los ojos muy fijos, por encima del hombro derecho de ella... A juzgar por el rumor de pasos y de voces, por allí se acercaba alguien.

—¡Maldita sea! Bueno, quería decir...

Apresuradamente, introdujo en su cartera todos los

papeles y la devolvió a uno de los bolsillos de su chaqueta.

El tono purpúreo de su rostro se tornó más intenso. Luego, levantando la voz con cierta afectación, dijo:

—Como le estaba diciendo..., quería enseñarle estos colmillos de elefante... Jamás se me volvió a presentar la oportunidad de disparar sobre un animal tan grande... ¡Ah! ¡Hola!

Su voz sonaba entonces falsamente cordial.

—¡Mire quién está aquí! El gran cuarteto... La flora y la fauna... Un día de suerte el de hoy, ¿verdad?

Habían aparecido cuatro de los huéspedes del hotel, a quienes Miss Marple conocía de vista. Eran dos matrimonios. Miss Marple no conocía sus nombres, pero adivinó que el individuo fornido de la mata de cabellos grisáceos era Greg. La mujer rubia platino, su esposa, era conocida con el nombre de Lucky. La otra pareja, Edward y Evelyn, estaba formada, respectivamente, por un hombre delgado y moreno y una mujer bella aunque maltratada por los años. Miss Marple había oído afirmar que eran botánicos, si bien se interesaban también por las aves.

—Nada de suerte, en absoluto —dijo Greg—. No conseguimos ver lo que buscábamos.

—Ignoro si se conocen ustedes ya, Miss Marple... El coronel Hillingdon y su esposa, y Greg y Lucky Dyson.

Todos intercambiaron unos amables saludos. Lucky dijo que no viviría mucho tiempo si no le servían inmediatamente alguna bebida.

Greg hizo una seña a Tim Kendal, que se encontra-

ba sentado a otra mesa, a cierta distancia del grupo, en compañía de su mujer, repasando unos libros de cuentas.

—¡Eh, Tim! A ver si cuidas de que nos traigan algo de beber. —Greg miró a los demás—. ¿Qué os parece si pedimos unos vasos de ese ponche?

Todos asintieron.

—¿Vale lo mismo para usted, Miss Marple?

Esta le dio las gracias y le manifestó que prefería una limonada fresca.

—Entonces una limonada y cinco ponches, ¿eh? —inquirió Tim Kendal.

—Únete a nosotros, Tim.

—¡Ojalá pudiera! De momento no me es posible porque he de poner estos apuntes en claro. Estaría mal que lo dejara todo en manos de Molly. Aprovecho la ocasión para notificaros que esta noche tendremos aquí una orquesta.

—¡Vaya! —exclamó Lucky—. ¡Y yo con los pies destrozados! ¡Uf! Edward, deliberadamente, me metió en unas malezas llenas de espinos.

—No digas eso. Las flores, de un suave color rosado, eran bellísimas —señaló el coronel Hillingdon.

—Más, desde luego, que sus espinas. Un bruto, eso es lo que eres, Edward.

—No es como yo, por supuesto —dijo Greg, sonriendo—. Soy la dulzura personificada.

Evelyn Hillingdon tomó asiento junto a Miss Marple, con la que empezó a hablar, mostrándose muy afectuosa.

Miss Marple depositó sobre su regazo el ovillo de lana y las agujas. Lentamente, con alguna dificultad, debido al reumatismo que padecía en el cuello, volvió la cabeza sobre su hombro derecho. A poca distancia de allí estaba el gran bungaló que ocupaba el rico Mr. Rafiel. Pero en él no se advertía el menor indicio de vida.

Contestaba Miss Marple con oportunidad a las observaciones de Evelyn (realmente, ¡qué amable era la gente con ella allí!), pero sus ojos escudriñaban los rostros de los dos hombres.

Edward Hillingdon le pareció un hombre agradable. Silencioso, pero dotado de un gran encanto varonil... En cuanto a Greg, con su gran corpachón y sus inquietos ademanes, se le antojó la imagen de la felicidad, al menos en apariencia. Estimó que él y Lucky debían de ser norteamericanos o canadienses.

Fijó la mirada por último en el comandante Palgrave, que fingía todavía una *bonhomie* infinita.

Muy interesante...